

Fig. Nos. 286, 287, 288 y 289.- Tocado insignia del mensajero militar, del mensajero real, del mensajero civil y del mensajero religioso, respectivamente.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

roseta (Figs. Nos. 290 y 291), en cuyo centro asoma la venerada cabeza del felino, símbolo del poder y de la fuerza que se halla comúnmente adornando los rostros de los altos jefes. Estos mensajeros están encargados de llevar y traer órdenes y recados de esta alta clase, ya sea de los campos de batalla o de los repartimientos administrativos y políticos del imperio. En las escenas aparecen siempre cerca de los gobernantes.

Los adjuntos a los sabios descifradores llevaban un simple gorro, idéntico al utilizado para simbolizar a los zorros descifradores. Acaso si éstos llevaban la misión sagrada de la discreción, pues muchas veces hubo de confiárseles secretos que sólo debían ser conocidos por las altas autoridades.

Por último, los del servicio religioso se distinguen por ostentar sobre la frente un adorno en forma de plano elipsoidal, cortado por el eje menor, adorno que encontramos continuamente en la cabeza de Ai Apaec. Estos personajes estaban solamente dedicados al culto del ser supremo, creador del mundo y de todas las cosas (Fig. No. 292).

Ya hemos adelantado algunas noticias sobre la simbología de estos personajes, así como su función dentro de la administración incaica, en la publicación sobre la escritura mochica varias veces aludida en esta obra.

La misión delicada y harto penosa de estos singulares seres, cuyos servicios se utilizaron hasta los últimos días del imperio del Tahuantinsuyo, llamó mucho la atención de los historiadores de la Conquista, que, en honor a ellos, escribieron acápites especiales, donde destacaron la importancia de su cometido (Figs. Nos. 293 y 294).

Como ha podido verse por la descripción anterior, los mochicas alcanzaron un extraordinario adelanto en sus medios de comunicación, y lograron dominio terrestre y marítimo. Ya hemos visto cómo los caminos que se edificaron, admirablemente trazados y bien conservados, fueron espléndidos, como respuesta a fines de carácter económico, militar y político. Con este orden de cosas, los grandes gobernantes pudieron visitar cómodamente todo lugar hasta donde se extendiera su poderío, para inspeccionar de cerca las necesidades de sus poblaciones y mantener un entrañable contacto espiritual con ellas.

Los caminos mochicas fueron nexos de unión, cauces por los que se canalizaba la vitalidad de un pueblo llamado a superior destino; mirajes estimuladores de un constante y generoso quehacer, capaz de plasmar una colectividad cuya organización era cada vez mejor, y en la que eran satisfechas de modo supremo todas sus necesidades.



Fig. No. 290.- Representación escultórica de la lechuza, símbolo del mensajero nocturno en la cerámica mochica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (066-003-008)



Fig. No. 291.- Vaso de la cerámica mochica que representa el ornamento de cabeza de un mensajero de gobierno.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (066-003-011)



Fig. No. 292.- Grupo de mensajeros en plena carrera. Captación de un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1672)



Fig. No. 293.- Mensajeros místico, civil y militar, admirablemente representados como aves en un vaso mochica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1692)

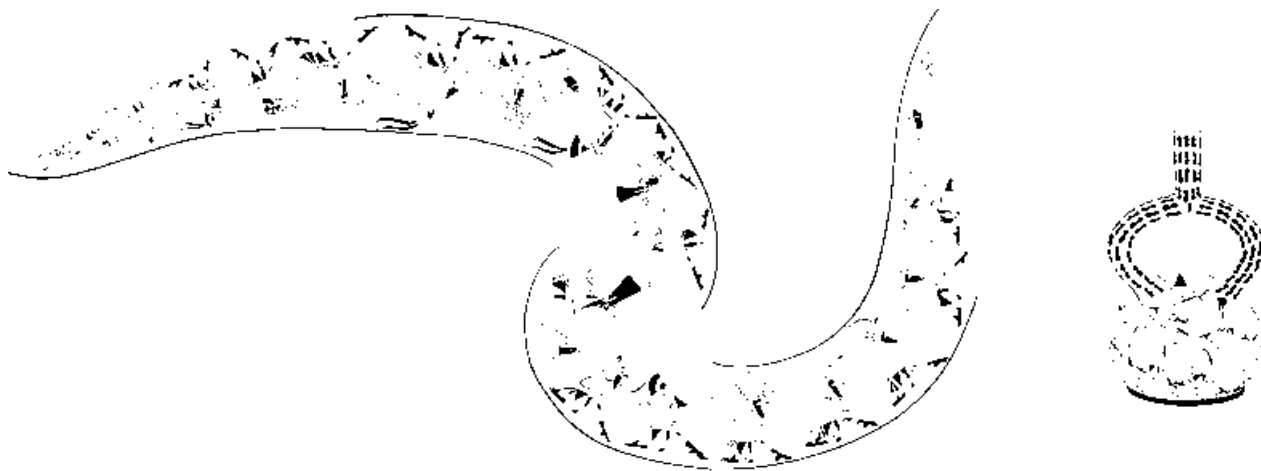


Fig. No. 294.- Pictografía que representa en forma muy real a los mensajeros en plena carrera. Asimismo, constituye un bello ejemplo del sentido de perspectiva, que fueron dominando los mochicas en sus decoraciones de conjunto.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera